

El Motín

AÑO XIX NÚM. 50

REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO

15 DICIEMBRE DE 1900

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Núm. suelto, 10 céntimos. Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

CARTA ABIERTA

Señor don Urbano González Serrano:

Mi distinguido amigo y correligionario: Contra lo que esperaba, ha transcurrido una semana y no se ha servido usted rebatir los cargos que *El País* le hacía. Lo siento. Hombres como usted no se justifican con el silencio, ni podemos aplicarles estos versos de Selles:

Insensatos
los justos que el miedo aterra.
¡Pobló de cruces la tierra
la semilla de Pilatos!

No voy á entrar en el fondo de la cuestión por no tropezar con alguien que merece toda mi consideración: su señora hija.

Lo que ya no me ocurre con el que hoy es su esposo, el señor Barnés. Este, por respeto siquiera á la memoria de su padre, tan cariñoso, tan bueno y tan firme en sus convicciones, no debió nunca haberse confundido con los que lo persiguieron, lo calumniaron y amargaronle la vida. Puede haber ocurrido que, como dicen los católicos, haya abierto los ojos á la luz de la verdad; pero como esto ha coincidido con su nombramiento de catedrático y con su matrimonio, la opinión le es adversa.

¡Lo que son las cosas, ó la manera diferente de verlas!

Si yo hubiera tenido un padre como aquél Barnés que se apartó del sacerdocio para dedicarse á la enseñanza, y que murió de catedrático en Sevilla disponiendo que en su lona constara lo que había sido, me sentiría tan orgulloso, que antes que condenarle indirectamente entrando en la Iglesia que él abandonó, habría dedicado mi vida entera y mis facultades todas á combatir á los que con él se ensañaron.

Hace poco un joven de no recuerdo dónde cometió un homicidio; averiguado el caso, supose que el muerto había asesinado infamemente al padre del matador, y que, siendo éste niño, había jurado vengarle y lo había cumplido. Su acto fué criminal ¿quién lo duda? Pero ¿quién se atrevió á condenarle en absoluto? Antes despertó simpatías que sufrió condenaciones. Y si tratándose de un crimen ocurre esto ¿qué no ocurriría si se viese á un joven combatir sin tregua ni descanso en el terreno de las ideas á los que asesinaron moralmente á su padre? Lo aplaudiríamos todos.

Mas dejaré esto, por ser la conducta del señor Barnés lo secundario en este asunto, y voy con la de usted, que es lo principal.

¿Que su hija es católica, y usted, como buen padre, no debió sacrificarla á sus peculiares opiniones en materias religiosas? Bien. ¿Mas por qué es católica? Por que usted, sin tomar ejemplo del que durante tantos años llamó su maestro, el señor Salmerón, al que imitó en tantas cosas, contradijo lo que predicaba y la mandó á las Ursulinas (lo cual supone que estaba ya bautizada; esto es, que usted, tan radical y tan racionalista, le impuso una religión al nacer); y una vez allí, claro es, se perfeccionó en su creencia, y llevó luego al hogar del racionalista la religión que él combate en sus trabajos filosóficos.

Pero voy más allá; voy á suponer que no hubiese usted bautizado á su hija ni mandádola á las Ursulinas, y que por otros caminos, y á despecho de usted, hubiera llegado al catolicismo, cosa que puede ocurrirle á cualquier padre racionalista. ¿Cree usted que esta desgracia, pues lo es, le autorizaba para exigirle á su futuro yerno que se bautizase previamente para poder alcanzar la mano de su hija?

No, nada le autorizaba á hacer eso. Porque usted no se debe sólo á su familia; se debe á su fama, á sus discípulos; á los que le consideran por lo que ha escrito, á los que le votan por lo que representa. Si antes obligaba la nobleza, hoy ata el renombre. Cuando á fuerza de trabajo, de perseverancia y de inteligencia se le ha impuesto á la opinión la tiranía de un apellido, no se tiene derecho á desprestigiarlo. ¿Que hay quien lo hace? Sí; los políticos, los que van tras del mérito; no los que propagan altos ideales, los que se ciernen en las altas esferas filosóficas, los que viven apar-

tados de miserias y no ajustan su conducta á los moldes vulgares.

¿Qué les quedaría, si los hombres superiores descendieran tanto, á esos que venden sus ideas aconsejados por su conveniencia? ¿Qué sería de esos intelectuales al pormenor, que se alquilan á los jesuitas por treinta duros para desacreditar las ideas radicales exagerándolas, y que van, recatándose como criminales que son, á recibir todas las noches la consigna para la difamación del día siguiente, si pudieran apoyarse en el ejemplo de los maestros para defender una conducta basada en la conveniencia individual? No, señor González Serrano; aunque no fuese más que por no hacer mal tercio á esos infelices, usted no puede justificar en ningún caso la teoría de que las acciones sean determinadas por las circunstancias, ni la de que, contra las propias convicciones, se transija con las conveniencias sociales.

Como usted comprenderá perfectamente, yo no juzgo el acto en sí mismo; la mayoría de nuestros correligionarios casan sus hijas por la Iglesia sin que nadie lo estrañe; más aun: algunos, sin haber hecho nada por que ese casollegue, se han encontrado ó pueden encontrarse con problemas de familia en que les sea necesario ceder para asegurar la felicidad de un ser querido.

¿Qué le importaría á nadie, y á mí menos, que el señor González Serrano casase á su hija por la Iglesia, exigiendo además al novio que se bautizase, profanando con este acto la santa memoria de su padre? Nada, si el señor González Serrano jamás hubiese alardeado de ideas contrarias á las que pone en ejecución. Pero desde el instante que las lanzó como buenas sembrándolas en otros cerebros, y que merced á esto adquirió una personalidad que se destaca entre muchas, todos los que han aceptado esas ideas acaso por lanzarlas él, tienen derecho á interrogarle.

¿Por qué nos dominan los reaccionarios? Porque están siempre en su terreno; porque no transijen con ninguna de nuestras ideas: porque jamás entran en nuestro campo si no es para arrasarlo todo. Odian la escuela laica, y no envían á ella sus hijos; reniegan de la prensa impia, y no la leen; aborrecen el liberalismo, y lo combaten sin tregua.

Mientras entre nosotros, hay quien se burla de las ceremonias de la Iglesia, y lleva una vara del palio en las procesiones; quien proclama el laicismo, y bautiza á sus hijos; quien celebra banquetes de promiscuación, y compra bulas; quien truena contra la reacción, y va á oír predicar al fraile... Y así en todo.

Y si hicieran esto los oscuros, los innominados, los que no adquirieron fama ó posición por propagar ó defender esas ideas; los que, en último caso, no influyen con su ejemplo, ni arrastran con sus predicaciones! Pero no, los que hacen los altos, los que valen, los que dogmatizan, los que enseñan, los que aspiran hoy á dirigir, los que sueñan con gobernar mañana.

Y por esto nos vemos como vemos; sin fuerza, sin autoridad, sin prestigio, sirviendo de chacota á los monárquicos y de juguete á los clericales. Disculpeme usted, señor González Serrano, si, por ser usted quien es, y solamente por eso, he intervenido en un asunto que á primera vista parece ajeno á toda discusión entre personas extrañas. Pero no he podido remediarlo.

Al vernos atacados por la reacción, perseguidos, anatematizados, sin encontrar justicia en ninguna parte, oyendo los rabiosos gritos de la jauría clerical que se dispone á devorar su presa después de haberla acorralado, no he podido evitarme el exclamar entre indignado y dolorido: «¿Qué va á ser de la libertad, si los que la han defendido en primer término transigen ya con el enemigo, y, sin valor bastante para rechazar preocupaciones indignas de hombres superiores, pasan bajo el yugo por donde hasta ahora sólo pasaron los débiles, los ignorantes, los pequeños?»

Por estas razones he intervenido en este asunto; razones que se ha dado usted á sí mismo indudablemente, cuando se ha decidido á llevar á cencerros tapados la catequización del novio, su bautizo y la boda. ¿Qué mayor prueba de que usted se ha hecho á sí propio los argumentos que podemos hacerle los que todo lo hemos sacrificado á nuestras convicciones, no contradiciéndolas por ningún interés ni falseándolas por ninguna consideración?

Esperando todavía que usted nos convenza de que no ha incurrido en contradicción alguna el racionalista con el po-

lítico ni el propagandista con el padre, se repite de usted atento seguro servidor.

q. b. s. m.

JOSÉ NAKENS

DE AMIGO A AMIGO

Mi querido amigo Roberto Castrovido interviene en la polémica que sostengo con *La Autonomía*, sólo para negar que Coll y Puig tuviese oratorio en su casa, explicando de paso la coincidencia que dió pretexto á tal invención.

Conforme en un todo con lo que dice Castrovido, por decirlo él, tengo la satisfacción de rectificar lo que dije de Coll y Puig, añadiendo que murió siendo muy amigo mío, y que zurré á los clericales de Santander por la farsa que representaron junto á su lecho de muerte para dar á entender que se había arrepentido de no sé qué á última hora.

Mas como después de esto dice algo Castrovido á propósito de algunas de las ideas vertidas por mí en la polémica, voy á replicarle, no sea que vaya á tomar á descortesia mi silencio. Habla así:

«Es antigua manía en el partido republicano la de achacar á sus jefes todos los males y quebrantos sufridos. De ella no se libran ni entendimientos tan privilegiados como el de Nakens.»

Y á quién vamos á achacárselos? Si los llamados á organizar, impulsar y dirigir son los jefes, y el partido se ve sin dirección, inactivo y desorganizado, y esto nos ha traído á la deplorable situación en que nos vemos ¿por dónde ha de ser manía culpar á estos señores? Pruébeseme que han hecho todo aquello á que estaban obligados; que han sabido acallar sus emulaciones y renunciar á sus odios en aras de la común concordia; que han llamado á la lucha revolucionaria y no se les ha respondido, y entonces endosaré la culpa á los de enmedio y á los de abajo.

Demuéstrame siquiera que en el Congreso, al que todos los jefes que viven han pertenecido, se han portado cual debían, atacando valerosa y constantemente las inmundidades de los restauradores, el predominio de los jesuitas y los frailes, las causas que trajeron después la pérdida de las Colonias, y en el momento mismo me retrataré de cuanto contra los jefes he dicho, curándome para siempre de mi manía.

Los republicanos son españoles y no se libran de los defectos característicos de los nacidos en España: encarnar en prototipos, héroes, semidioses, todas sus ideas y deseos y esperanzas é ilusiones, y hacer responsable á un ser superior, en el cual se abandonan el pensamiento y la voluntad, de cuanto nos ocurre. Ese ser superior es Dios, el gobierno y don Fulano (el jefe).

Como ingenioso, no deja de serlo ese argumento. Pero no es aplicable á la cuestión. El caso es otro; éste. Se ha facultado á esos hombres para que realicen lo que pensamos y queremos. ¿Lo han hecho? No. ¿Lo han intentado al menos, en forma adecuada para conseguirlo? Tampoco. Entonces ¿á qué escandalizarse de que haya quien pretenda hacer con ellos lo que Castrovido, yo y tantos otros hacemos con Dios y con el gobierno, discutiéndolos y trabajando por destronarlos?

«El mal que aqueja á los partidos republicanos, lejos de provenir de los jefes, proviene de los terneros y de casi no haberlos tenido nunca.»

Esta es una verdad á medias. Los ha tenido para todo lo que ha dividido y enervado; no para lo que pudo unir y reanimar. Los hechos hablan por mí. Por lo demás, en esta misma polémica he dicho que no los combatí por ser jefes, sino porque no saben serlo.

«Combatir hoy á los jefes, es luchar con fantasmas. ¿Dónde están? ¿Quiénes son?»

¿Fantasmas los jefes? Pues obran como si realmente fueran hombres de carne y hueso en todo lo que se relaciona con su interés, su conveniencia ó su reposo.

Pero aun suponiendo que lo fuesen, esta sería una razón más para llevar á todos los correligionarios el convencimiento de que no hicieran caso de ellos; pues no me negará Castrovido que hay todavía muchos republicanos que tienen por jefes y siguen como á tales á esos fantasmas. ¿Son menos fantásticos los mitos religiosos, y los combatimos, para que poco á poco los vayan todos desechando? Precisamente la misión de los hombres que trabajan por el porvenir no es otra que la de ahuyentar los fantasmas que la humanidad toma por seres reales, lo mismo en el orden político que en el religioso.

«Los republicanos de segunda, tercera y cuarta fila tienen todos los defectos de Figueras, Castelar, Ruiz Zorrilla, Pi y Margall y Salmerón, y muy pocas de sus buenas cualidades.»

Convengamos en que ninguna, para acabar más pronto. Mas precisamente por esto delegaron en esos señores. Y ellos, al aceptar, se comprometieron á suplir con sus buenas cualidades las malas de sus representantes.

Lo que no se comprende, es cómo los jefes aceptaron la representación de gentuza semejante, á no ser que fuese con el caritativo propósito de regenerarla, cosa que no han logrado, á juzgar por lo que Castrovido dice.

«Pi y Margall no ha sido nunca verdadero jefe. Ha sido pontífice y maestro; jefe, leader, nunca. Lo consigno lamentándolo.»

Si en vez de decir que nunca lo ha sido, se dijese: nunca ha sabido serlo, estaríamos

conformes, como en lo de Pontífice; porque este cargo sí que lo ha desempeñado bien. ¡Sin veces que ha lanzado excomuniones sobre sus creyentes! Desde el levantamiento del Ferrol en 1872 hasta la disidencia Vallés, Costales, etc., apenas ha hecho Pi otra cosa que excomulgar.

Y vuelta á lo del maestro! ¡Esta sí que es verdadera manía! Como maestro nadie le combatiría; discutiéramos su enseñanza y nada más. Se ataca en él al político que está al frente de un partido; al que no dispone teniendo quien le secunde; al que no manda teniendo quien le obedezca; al que no obra teniendo quien le siga; de esto se trata y no de otra cosa.

«Y ahora es jefe don Francisco? No lo es ni de hecho ni de derecho. Estamos á su lado los que coincidimos en ideas. El escribe y propaga, oye á los correligionarios como á los que no lo son; pero tiene el alma muy lejos de las pequenezas del comité.»

Cuando se le habla de una disidencia, de una cuestión entre la junta X y el comité Z, aconseja transigencia; pero el alma del anciano está en la manigua cubana, ó en las espesuras de la isla de Luzón, ó en las montañas del Transvaal, ó en los libros, asambleas, comités de socialistas y anarquistas.»

Escritos esos párrafos para darme la razón, no le habrían resultado mejores á Castrovido.

¿De qué me quejo yo? De que Pi, teniendo á sus órdenes, ó á su devoción, el partido más revolucionario de España, no lo conduce por los derroteros que él quiere ir. ¿Y cómo ha de hacerlo, si su alma, preocupada con los grandes dolores, las grandes injusticias ó las grandes infamias, anda errabunda de un continente á otro, sin preocuparse de las pequenezas que pudieran colocar á este país, que también pertenece á la humanidad, en condiciones de mejoramiento y cultura? Hermoso es tronar desde un periódico semanal contra la barbarie de los ingleses y de los yankees; magnífico el condenar la conducta de Europa en China; pero ¡ay! que mejor sería, cuando se vale lo que Pi, y se está al frente de un partido revolucionario, dedicar la inteligencia entera, y la autoridad toda, y los postreros bríos á redimir al pueblo español de los grandes dolores que padece, de las grandes injusticias que soporta y de las grandes infamias de que es víctima; pensar menos en los chinos, en los cubanos y en los tagalos, y dedicar todo el esfuerzo á derribar lo que ha colocado á los españoles en condiciones de inferioridad respecto á todos aquéllos; pensar en la humanidad, pero antes en el continente; en el continente, pero antes en la nación; en la nación, pero antes en la ciudad; en la ciudad, pero antes en el barrio; en el barrio, pero antes en la casa; en la casa, pero antes en la familia, aplicando así el sistema federal que preconiza, á los dolores, á las necesidades y á la miseria de los que están más cerca. Esto sería en él lo lógico, como en todos es lo humano; en vez de, á título de pensador y maestro, tener el alma repartida por el planeta, sin provecho más que para su fama, sin gloria más que para su nombre.

«Las causas de la decadencia indudable de los partidos republicanos, son más hondas, complejas y generales que la ineptitud ó mala fe de los jefes. Lo que hay es que es mucho más fácil que estudiarlos echar el muerto á don Fulano ó á don Zutano, partiendo del falso principio de que esos caballeros guardan el rayo revolucionario en el bolsillo de la levita ó en la petaca simbólico-progresista que heredó el simpático doctor Esquerdo.»

¿Cuáles son esas causas? ¿Quiere mi amigo Castrovido indicármelas, ofreciéndole, si me convence de que no han tenido parte principalísima en ellas los jefes, desdeirme de cuanto he dicho contra ellos? ¿A qué obra mejor podíamos llevar nuestro concurso? ¿Que emplee más adecuado dar á nuestro tiempo? ¿A qué labor más provechosa aplicar nuestras plumas?

Estudiaríamos despacio esas causas, las compulsaríamos, las discutiríamos, y si resultaba que los jefes eran los culpables, le diríamos al partido: «elige otros, y espera». Y, si, por el contrario el culpable era el partido, le diríamos al país: «no esperes ya nada del republicanismo». Y en ambos casos realizaríamos labor honrada y de justicia.

Con que á ello, Castrovido; á convencerme de que estoy equivocado; mi satisfacción sería mayor que la de usted, téngalo por seguro. Es tan mezuquina la que se experimenta al acertar en los malos juicios, que estoy deseando disfrutar de la contraria.

IPICAROI

No nos referimos á Guzmán de Alfarache, ni al Lazarillo de Tormes, ni á Gil Blas de Santillana, ni á Rinconete y Cortadillo, ni, en una palabra, á ninguno de los infinitos héroes de aquella regocijada novela picaresca, espejo fidelísimo que nos ha transmitido la imagen sin mancha de la morigerada, pia, devota y santa sociedad española de los buenos tiempos de la monarquía y de la fe. El picaresco de que aquí se trata, el que puede dar quince y raya á todos los decaídos de la picardía y á todos los genios de la hampa, es sencillamente el liberalismo.

El liberalismo no ha dado al pueblo otra libertad sino es la de crucificar á Cristo; las libertades verdaderas, las auténticas, las legítimas, las disfrutó el pueblo español bajo Torquemada y Felipe II, tiempos benditos que los carlistas pretenden restaurar en todo menos en el poderío y la gloria, los cuales no se prestan á ser á voluntad restaurados.

El liberalismo hace ilusoria la responsabilidad

ministerial; ministros responsables lo fueron los antiguos privados, los Lema, Uceda, Olivares, Nitard, Valenzuela, Colloy, Calomarde y demás brazos derechos de nuestros monarcas augustos.

El liberalismo ha prostituido las Cortes; las buenas eran las antiguas, aquellas viejas Cortes de procuradores *incomprables*, que se dejaban comprar en Santiago por los agentes de Carlos V; aquellas que los monarcas convocaban sólo para pedirles dinero, que no tenían otro derecho sino el de elevar al trono reverentes súplicas, casi sin excepción desoídas, y que, así y todo parecieran á los reyes tan enojosas é importunas, que, después de haberlas desatendido siempre y numillado, acabaron por aborrecerlas de hecho, dejando de convocarlas y serando así la fuente de donde brotó para el pueblo inglés su envidiable libertad política.

El liberalismo ha entronizado la centralización y mutilado en flor esas franquicias regionales y municipales á que se mostraron tan aletos nuestros gloriosos soberanos, como pueden aleguarian, además de las sombras de Padilla, Bravo y Maldonado y la cabeza de Lanza, las comunidades de Castilla, las germanías valencianas y la famosa ley de Nueva planta con que el Primer Borbón vengó en las libertades de media España una desafección dinástica.

El liberalismo ha entronizado la inmoralidad; administraciones íntegras lo fueron las de los Lemas y Olivares, cuando se vendían los cargos y las encomiendas, percibiendo el primer ministro su parte correspondiente; cuando los favoritos acumulaban enormes fortunas, mientras el ungido del Señor, lleno de bastidores, se entretenía en aventuras galantes en que figuraban como protagonistas tan pronto damas linajudas como plebeyas como lantias y hasta esposas de Jesucristo.

El liberalismo ha puesto en peligro la integridad nacional, achaque viejo y maná antiguo en quien perdió el Portugal en manos de aquel liberalote de Olivares, y Nápoles, con todas nuestras posesiones de Europa, Gibraltar inclusive, en tiempos del progresión Felipe V, y toda nuestra América continental, por efecto de la demagogia liberalista de Fernán VII.

El liberalismo nos ha humillado ante el mundo, cosa doblemente amarga cuando se recuerda el lustre y los prestigios que dieron á la Patria sus monarcas, ora constituyéndola en instrumento de los designios austriacos, ora sujetándola á los pactos de familia, tan pronto haciéndola juguete de las influencias que se disputaban su posesión cabe el lecho de muerte del inocente Carlos II, tan pronto entregándola al extranjero, como lo hicieron Carlos IV y su interesante primogénito.

El liberalismo, en fin, ha dilapidado la fortuna pública; los reyes absolutos fueron de ella económicos, como lo prueba la abundancia en que ha nadado siempre el pueblo español, el desahogo en que siempre ha estado aquí el Tenorio, las fiestas espléndidas con que los monarcas desmentían la pretendida miseria general, la desaparición súbita en sus manos del oro de los gallores de América, la confiscación frecuente de las fortunas particulares para el real servicio, la constante falsificación de la moneda y otros muchos hechos á este tenor. A bien que los carlistas están autorizados para hablar de nuestras trampas, ellos que ninguna parte han tenido, según es notorio, en las guerras civiles á que se debe principalmente nuestra ruina.

Para poner un término á tantos daños, el partido carlista se propone puramente tomar en vilo á la España contemporánea y trasladarla al siglo XVI. Pues aquel siglo fué para nosotros tan próspero, lo que procede de vivir en él y no en este de hierro en que vivimos. Hijos sumisos de la Iglesia, los carlistas quieren protegerla, aun contra su voluntad. Pero se les da á esos católicos de las reiteradas pletorias recibidas por el episcopado español á las instituciones actuales. Nada les inquietan las insistentes y repetidas desautorizaciones del Vaticano de Cristo. Ellos siguen erre que erre, obstinados en dar á León XIII tiza y media de absolutismo. Sin duda, en punto al modo de tratar á los pontífices, los partidarios de Chapá recuerdan las santas tradiciones monárquicas; Carlos V haciendo saquear á Roma y dejando escarmentar á la religión y á sus ministros por las hordas del traidor Barbaño; Felipe II haciendo insultar á Su Santidad por el duque de Alba; Felipe V interrumpiendo durante muchos años toda relación con Roma; Carlos III defendiendo á todo trance las regalías de la corona. Una política semejante aumenta desde la víspera en sus relaciones con el papado el glorioso Carlos VII.

Cualquiera diría que estos caballeros nos toman al resto de los españoles por locos, dementes, idiotas ó desmemorados, absolutamente desconocedores de nuestra historia y de todo en todo ignorantes de lo que pasa por el mundo. Enseñanos el pasado que aun los aciagos tiempos presentes de ruina, corrupción y decadencia, pueden pasar por una edad de oro si se les comara con los de Carlos II, Carlos IV y Fernando VII. El espectáculo del mundo culto patetiza que ya á la hora actual no hay sobre la faz de la tierra una sola nación, si se exceptúa esta triste España, donde piensa nadie volver á lo que fué, donde existan hombres y partidos tan ciegos, tan insensatos que busquen el remedio de los males del presente en una absurda é imposible resurrección de lo pasado.

No á ese asenderado liberalismo que en España no ha imperado nunca, que ha pasado siempre á modo de fugaz meteoro por entre las brumas de nuestra historia constitucional para disiparse al punto como relámpago en noche oscura; á las funestas, á las malditas influencias de una viciosa tradición son imputables todos los males que padecemos. Atribuirlos al liberalismo, que es de ellos víctima, equivale á acusar al Cristo de los azotes que le dan. Liberal de tradición es Inglaterra, sin que eso le haya impedido ser un gran pueblo. El liberalismo reina en la Francia actual, próspera, rica, feliz bajo su tercera y definitiva República. De lo que aquí pretenden los carlistas sólo Turquía ofrece en Europa un ejemplo que avergüenza á Europa.

¡Triunfar! A tal punto han llevado las cosas estos hombres insensatos que nos gobiernan, que ya todo se juzga aquí posible. Entre los miseros delirios de una política que se descompone, ante la glacial, la aterradora indiferencia de una opinión que parece muerta, cabe dar asenso á la posibilidad de que los enemigos de la libertad atraviesen el mar de sangre que les separa del poder, profanen las tumbas de nuestros padres, restauren el pasado, retrotraigan la Historia y pongan su

planta sobre el cuello de la España liberal, sin que para combatirlos se alcen las piedras y los muros dejen sus sepulcros. Pero si esa vergüenza suprema nos estuviese reservada, si diéramos al mundo espectáculo de tan mala degradación, si estuviéramos destinados a oír reproducir a principios del siglo XX el grito de: «¡vivan las caenas!», cuántos de entre nosotros no hubiesen dado su vida para impedirlo, tendrían que emigrar en masa de esta tierra deshonrada, sacudiendo en la frontera hasta el polvo de los zapatos.

ALFREDO CALDERÓN

A "LA AUTONOMIA,"

Cuando se tropieza con un correligionario tan ilustrado y tan cortés como el que sostiene desde *La Autonomía* política conmigo, se renuncia con mucho trabajo a darla por terminada.

Seguiré, pues, no discutiendo, departiendo cariñosamente con él.

Me advierte que clericalismo y catolicismo no son sinónimos. Cierzo es; mas las gentes de Iglesia no hacen distinciones en esto. Y añadiré: si tuvieran forzosamente que elegir, preferirían el anticatólico al anticlerical. Aquél ataca su creencia; éste su bolsillo. Y entre el bolsillo y la fe, optan por el primero. Un ejemplo bien reciente:

El Porvenir Navarro no era un periódico anticatólico; era simplemente anticlerical. Y acabamos de ver la que han armado contra él todos los que de católicos ejercen en Pamplona.

Las cosas hay que tomarlas como son en los momentos que de ellas se trata; y en los actuales, catolicismo y clericalismo significan lo propio. ¿Qué importa que filosófica y científicamente sea lo contrario, si los efectos que produce la amalgama de esas dos palabras son iguales a los que producirían si efectivamente fueran sinónimas?

Bien está que el político no pretenda imponer a los demás sus ideas religiosas o filosóficas, aun cuando en determinados instantes conviniera quizás hacerlo en bien de los mismos a quienes se les impusieran, siempre, por de contado, que se realizara obra progresiva. Pero, créame el colega; mientras luchemos con armas desiguales, no estaría demás conceder algunas ventajas a los que colaborasen en esa obra. Por no haber limitado el derecho de asociación se ha llenado nuevamente España de conventos.

¿Que el ser enemigo de una religión determinada no supone liberalismo alguno? Ya lo creo; los carlistas odian todas las religiones exceptuando la católica, y son reaccionarios.

Pero yo no soy anticatólico simplemente; soy antireligioso: lo mismo significa para mí Buda, que Cristo, que Mahoma. Mas como en España no hay mahometanos ni budhistas que me perturben en mi marcha progresiva, arremeto solamente contra los católicos. Todo el que me señala al cielo para impedirme andar libremente por la tierra, es para mí lo mismo. De tejas arriba, la cuestión astronómica es la única que me preocupa; y aun esto, porque contribuye cual ninguna otra a destruir las religiones.

Dice *La Autonomía* que «no hay más que una manera de ser liberal y de liberalizar: respetando la libertad de los demás.»

Si; esta es la doctrina; el ejemplo es éste:

Masas de católicos perturbando libremente a favor de don Carlos en romerías, peregrinaciones y demás fiestas religiosas al aire libre; curas y frailes predicando libremente lo mismo en los templos; propaganda libre en todos los tonos y por todos los medios contra el régimen para impulsar a los católicos a derribarlo; con todo esto nos encontráramos el día que viniese la República. Y si nosotros, por no contradecir esa teoría, respetáramos la libertad de todos hasta el momento preciso de alzarse en armas, no es aventurado suponer que la República duraría menos tiempo que el empleado en escribir este párrafo.

El colega se preocupa de que la Iglesia viva hoy en condición poco decorosa, y aconseja a los católicos que ayuden a separarla del Estado, porque esto convendría más a su dignidad e independencia. Y yo debo declarar que este punto me tiene completamente sin cuidado. Me opongo a la separación, no por lo que a la Iglesia pueda convenirle, sino por lo que con la libertad se relaciona; que ganara ésta y perdiera aquélla, y no habría partidario de la separación más entusiasta que yo. Y esto no quiere decir que opine que debe pagársele ni un céntimo al clero; al revés; si en mi mano estuviera, suprimiría el presupuesto eclesiástico, pero sin separar la Iglesia del Estado. Puede muy bien no pagársele, sin creernos obligados por esto a dejarlo en libertad. A lo más que me correría sería a permitirle aumentar un poqui-

to sus derechos de Arancel («qué palabra tratándose de misas y sacramentos!») y allá que se las entendiera con sus borregos. Y de esta manera tan sencilla se realizarían dos simpáticos ideales; el de no pagarle y el de que no pudiera hacer lo que se le antojara.

A lo que dije de que acaso a la misma Iglesia no le importara la separación del Estado si todos los españoles quedasen sometidos a su autoridad, contesta *La Autonomía*:

«No debe estar la Iglesia muy segura de alcanzar la sumisión de todos los individuos que componen el Estado, cuando tan obstinadamente defiende su presupuesto.»

Claro es; como que ahora lo tiene todo presupuesto y sumisión. Oblíguese a elegir, y se quedará con la última. A cada español le corresponde pagar unas 250 céntimos próximamente para el presupuesto del clero. Déjese en libertad a la Iglesia, y lo menos le sacará el doble.

Injusticia es realmente que se obligue a un ciudadano a pagar un culto en que no cree; mas los perjuicios que esto le ocasiona no pueden compararse con los que sufriría separando la Iglesia del Estado, pues esto traería, como consecuencia inmediata en un país tan atrasado e hipócrita como éste, el predominio completo del cura; peor aún; el del fraile, que es la reacción misma.

(Y ahora un paréntesis. ¿Se ha fijado el colega en que las Ordenes religiosas, jesuitas inclusive, no cobran del Estado y viven perfectamente? ¿Nos sacan a los españoles dinero para ellas? No; el que quiere se lo da, y el que no se abstiene. ¿Pero qué resulta de aquí? Que como los tontos son tantos, y los pillos más, y los hipócritas más aún, poco a poco se van apoderando esas Ordenes de la riqueza de España. Y este es perjuicio mayor que el de darles unos millones anuales a los curas; que yo les suprimiría, repito. Y como la disminución de riqueza productiva y tributaria aumenta la proporción del impuesto, resulta que, a mayor acaparamiento de riqueza por las Ordenes religiosas, menos riqueza productiva y tributaria nos queda, y, por consiguiente, más hambre y más miseria en el país.)

Y vuelta atrás. Si las Ordenes religiosas, una vez decretada la separación de la Iglesia y del Estado, distribuirían sus miembros por los pueblos; y como cada uno tendría asegurada la subsistencia por su comunidad respectiva, se harían simpáticos por su desprendimiento postizo hasta que abuyentasen al cura, y una vez solos, se entregarían tranquilamente al saqueo de las almas piadosas adineradas.

«Recen lo que gusten mis correligionarios; paguen si les acomoda las funciones del culto en que tengan fe, ó les parezca que la tienen...»

¡Eh! ¡alto aquí, compañero! Si rezan es porque tienen fe; y si tienen fe deben seguir las enseñanzas de la Iglesia; la Iglesia les enseña que todo poder emana de Dios, y como la democracia dice que emana del pueblo, ó traicionan a la democracia, ó a la Iglesia, ó a ambas, resultando, por lo tanto, unos grandes farsantes, y como los farsantes no deben ser correligionarios nuestros... prosigamos.

«Tendré por hipócrita al que, mientras maldiga de todos los santos, me meta la mano en el bolsillo para que costee toda clase de misticos jolgorios.»

Me ha hecho sonreír esa pullita, que merecería esta otra:

«Tendré por protector disimulado de la Iglesia al que pida para ella una independencia que le permita ensanchar su esfera de acción para apoderarse de la riqueza pública.»

Y cometería al soltar esa pulla la misma injusticia que comete conmigo el que me larga la otra.

Créame el colega; no hay fórmula tan higiénica como ésta: «La Iglesia esclava en el Estado libre.»

Garibaldi, que si no sabía definir la libertad como un maestro, sabía imponerla como un héroe, exclamaba: «¿Libertad para los lobos, las víboras y los curas? No, nunca.» Y con esta teoría, tan subversiva para los pensadores, contribuyó más que todos a la unidad italiana.

«Que importa poco y hasta se explica el que los republicanos se casen por la Iglesia para evitarse molestias con los parientes de su esposa, la larga tramitación del expediente, etc. etc.»

No; no creo que importe poco el que los republicanos se casen por la Iglesia para evitarse molestias, ni estoy conforme con lo de que, «secularizado el Estado, la costumbre, la comodidad y la economía decidirían pronto a prescindir de

toda fórmula falta de validez legal», pues recuerdo que en los tiempos en que carecía de esa validez el matrimonio canónico, raro era el democrata que dejaba de celebrarlo. Y es que no queremos convencernos de que en la familia, y no en otra parte, está la solución del problema religioso. El matrimonio por la Iglesia trae como consecuencia obligado el bautismo, el bautismo imprime carácter, y el carácter impone deberes. Por eso se da el borhorno caso de que hombres de ideas radicales vayan a misa por complacer a su esposa, y por no disgustarla se abstengan de realizar actos que a la Iglesia perjudiquen.

Hay además alguna contradicción en sostener que nadie debe pagar indirectamente un culto en que no cree, y encontrar disculpable que, por ahorrarse molestias, contribuyan los ciudadanos a mantener directamente ese mismo culto al contraer matrimonio, al bautizar sus hijos, etc., etc. Pero no es cosa de insistir en esto.

Aguardo la segunda parte de la contestación de *La Autonomía*, para convencerme de que pensamos casi lo mismo en todo; sólo que el ilustrado colega se mantiene al discutir en la elevada y serena región de las ideas, y yo, más prosaico, más desengañado, ó más impaciente, descendo a los abismos de la experiencia para tomar las cosas como son, no como deberían ser.

La teoría suya es hermosa; la práctica mía es fea; yo pienso en el presente; el colega en el porvenir. Quizás en esto consista únicamente el que parezca que no nos entendemos.

DESDE MÉJICO

Señor don José Nakens.

No acaba de dar con el quid esa cáfila de republicanos antiguos. Veo (así como debe de verlo todo buen español) con el mayor pesar, con el mayor sentimiento, casi con rabia, que esos jefes sólo necesitan el título; que les importa muy poco el triunfo de las doctrinas de que se dicen partidarios; que pasan el tiempo resolviendo asuntos triviales, es decir, poco prácticos, y que ninguna ventaja puede esperarse de ellos.

¡Energía, energía y energía! esto es lo que se necesita. Mucha propaganda viril y tenaz; formación de muchos comités allí donde impere el elemento joven, descartando al que busca incienso para sí mismo. No, no; nada de eso. Todos debemos empezar por ser ciudadanos. Atrás, atrás esos que están visto que no dan chispa y que acreditan al partido de afeminado, enloquecido y flojo. Que vean los toros desde la barrera, ya que por su abandono, poco espíritu y exceso de vanagloria, desaprovecharon los grandes motivos, los graves acontecimientos para dejar oír su voz al grito de la República, que es incontestablemente el de la regeneración.

Conviene, ante todo, despertar aquí en América, entre los hijos de esa patria, los ánimos adormecidos, aplicados de lleno a los negocios, ó más bien alucinados por el engaño soez que les infiltra de consumo esa prensa asalariada. Y este es precisamente el motivo que me ha inducido a escribirle esta carta: el abandono en que tiene a sus hermanos de aquí la prensa liberal.

Vamos a ver: ¿usted cree que no sería un buen elemento para el partido contar con el patriotismo de cuantos por aquí andamos? ¿Considera usted que los de aquí necesitamos que tanto se nos predique para llevarnos al convencimiento de esa causa? Claro es que no faltan borregos en grado sumo; pero esos son únicamente los que todo el mundo conoce y señala con el dedo; los que precisamente formaron parte de la *Junta patriótica* al iniciarse la guerra con los Estados Unidos; los que ignominiosamente manejan los fondos de la suscripción a favor de España, por cuanto que aún no han rendido cuentas de ningún género. Esos son los que están muy aliados al desgoberno que rige los destinos de esa península. Esos serán los indomables.

Por lo que toca a los demás, ya sabemos vivir bajo la bandera de la libertad; ya sabemos cuáles son los poderosos elementos que impulsan el adelanto de las naciones; ya vemos la prosperidad, engrandecimiento y feliz situación de un país naciente como es éste, gobernado por un hombre de la confianza del pueblo en general que lo elige; por un hombre que no es ageno a la tierra donde nace; por un hombre lleno de experiencia que ha venido conociendo las necesidades del pueblo y que procura, por cuantos medios están a su alcance, cubrir esas necesidades. El comercio, la agricultura, las industrias y las artes, fuentes de la riqueza de los pueblos, vémoslas acariciadas de una manera muy personal por nuestro presidente, y vemos con harta envidia que hombres como éste no nacen, si no se hacen. No es como ahí y en muchos pueblos se imaginan a los reyes. Es un hombre de verdad, un hombre liso y llano. Un hombre que a todos esucha, que habla con todos, que anima al desvalido, que protege al trabajador, que premia el adelanto. Un hombre que a todos recibe con afabilidad, con dulzura, que aconseja los arreglos extrajudiciales para evitar el enojo entre los individuos y el atropello por parte de los malos empleados para arrancarlos de las garras de la abogacía.

Todo eso nos consta, todo eso lo vemos, lo palpamos; y a aquel por cuyas venas corra sangre española ¿no ha de darle lástima establecer el paralelo relativo entre ese y este país, entre esa antigua y antipatriótica monarquía, y esta feliz aunque moderna República? Pena ha de darle materialmente, como me da a mí, oír las quejas de esos pobres maestros de escuela, a quienes no se les paga con regularidad sus mezuquinos sueldos. Odio infundir esos gobiernos que, lejos de proteger decididamente al trabajador, lo desamparan, y hasta lo aniquilan con directas é indirectas contribuciones, que enriquecen a limitadas compañías, que usurpan los fondos del erario valiéndose al efecto de la influencia directa de los señores ministros y diputados.

Piense usted, señor Nakens, que los de aquí algo somos y algo valemos, y piénsese en utilizar para el más pronto advenimiento de la República, a esta juventud española que conoce ya lo que es la República, y que lejos de ver en ella amagos de un infierno, vislumbra la gloria que con ese régimen puede adelantarse en poco tiempo.

No se dude. ¡Adelante, adelante y adelante! No dormirse. Siga la propaganda. El que se cense que se quede atrás, pero que no detenga a nadie. Oada cual con sus fuerzas, grandes ó chicas; primero a formar el partido; hoy no lo hay *mentira*, no lo hay! No existe un partido serio, viril, enérgico; por eso se desconoce el verdadero número de partidarios; por eso no se conocen los nuevos aliados, por falta de organización y discordancia en los propósitos de los que dicen que van a la cabeza.

¡Adelante, adelante y adelante! Soy de usted, afectísimo seguro servidor y estoy aquí completamente a sus órdenes.

MANTILLA

San Juan Bautista, (Tabasco, Méjico) 6 de Noviembre de 1900.

Agradezco mucho al señor Mantilla la atención que ha tenido conmigo, y ruego a los republicanos que están al frente de organismos directivos, que lean esa carta, mediten sobre ella, y saquen las consecuencias a que se presta lo que dice. Desde lejos se suelen apreciar los hechos con más exactitud, y el que ofrece a distancia cuando nadie le pide, está más dispuesto a cumplir que quien es solicitado estando cerca. Yo cumplo con publicar esa hermosa carta, para que todos sepan que hay en lejanas tierras españolas dispuestos a hacer por su patria lo que no hacemos los que en ella estamos.

Justicia inminente

En el número de la semana anterior reprodujo *El Motín* la traducción del hermoso himno que Eduardo Rostand dedicó a Krüger. No se puede leer sin sentir honda emoción. Hay en él algo que, aun á través de un lenguaje que no es el suyo propio, logra llegar al alma. Es la voz del genio que grita, es la armonía de la poesía que vibra, es el lamento del dolor que brota, es el rugido de la indignación que estalla.

La lira del poeta responde con las notas de sus cuerdas de oro a los sentimientos é ideas del corazón y del alma que inspiran á quien la pulsa.

Rostand no quiso hacerse cómplice del crimen de que acusa él mismo varonilmente a sus colegas.

¡Hermoso himno el suyo!

Hay en él una salutación tiernísima, sentida al viejo boer que con la pesadumbre á cuestas de sus años é infortunios, capaz de hacer que caiga aniquilada la más vigorosa y varonil constitución física, cruza por el mundo, recorriendo pueblos, en peregrinación sublime y heroica, buscando un apoyo para su patria que se derrumba; requiriendo un acto de justicia que reivindicó el derecho atropellado, la razón desconocida, las leyes de la humanidad holladas; pidiendo protección y amparo para su pueblo vencido y ultrajado en esta época de civilización y solidaridad, del mismo modo que se hacía en los tiempos bárbaros de la Edad Media, cuando el pillaje y la conquista eran el sólo ideal de las naciones fuertes.

Hay también un anatema terrible, fulminado en frases vigorosamente épicas, contra esos Estados que, llamándose grandes, son egoístas y cobardes; que, reputándose, por su poder como arbitros de los destinos del mundo, titubean y vacilan antes de resolverse a nada, como el miserable que teme arriesgar cuanto tiene en cualquier empresa; que propagando máximas altruistas, se conducen en todas las cuestiones internacionales como el más cicatero mercader en sus transacciones mezquinas; que, declamando en loor del derecho, de la razón, de la equidad, realizan y toleran tanta suerte de violencias, atropellos y despojos; que proclamando la igualdad y la solidaridad humanas como base de la paz, de la concordia y la fraternidad, dejan al débil abandonado é indefenso entre las garras del fuerte que lo destroza.

Hay, por fin, una invocación elocuente, conmovedora, por más que en ella palpite el triste recelo y la amarga duda, al amor, á la ternura de un corazón femenino casi infantil, que seguramente se habrá emocionado ante las bellas y poéticas estrofas...

Pero ¡vano empeño el del poeta insigni! Su hermoso himno vibrará sonoro como música sublime, cual lenguaje vivo; traducido á todos los idiomas cultos hará sentir emoción y entusiasmo á todos los corazones sensibles, á todas las almas abiertas á los nobles ideales; pero, aunque esos inspirados versos ten-

gan transcendental importancia para el porvenir y para la Historia, no lograrán ahora llevar ni una de sus vibraciones de vida, ni una chispa de su fuego á esas regiones insensibles y frías en que se agita la política de los Estados de Europa.

Perdón pide también para ésta después de arrojarle al rostro su crimen. No lo merece. Son indignos de perdón. Sólo en el alma noble y apasionada del poeta romántico que ve las cosas á través de los prismas de la belleza y el amor pueden caber en este caso ideas de perdón para tan grandes crímenes, para tan espantosas trasgresiones de las leyes humanas como están cometiendo las grandes potencias europeas. El que gritó entre la muchedumbre parisién al paso de Krüger—¡perdón para Europa!—era sin duda un poeta, quizá inconsciente.

Pero en esto uno y otro se equivocan; no cumplen su misión.

¡Perdón para esos Estados! Sin ahondar en sus vicios, en sus crímenes de otras clases é índoles, porque sería tarea interminable, el sólo hecho de tener á los pueblos sometidos al duro yugo del trabajo brutal, encerrados en las ergástulas de los talleres, de las fábricas, de los campos, de las minas, fármacos, extenuados, envilecidos moral y materialmente para sostener á expensas de su sangre y de su vida instituciones tiránicas y opresoras, enormes masas de hombres regimientados que forman los ejércitos y esos formidables pertrechos y máquinas de guerra, les hace indignos del perdón de la humanidad triturada entre el engranaje de las ruedas que mueve el mecanismo bárbaro de sus constituciones sociales y políticas.

No; esos grandes crímenes de lesa humanidad no pueden perdonarse; hay que entrégarlos al castigo de la única sanción penal que puede aplicárseles: la de la Historia. Para eso hacen falta los poetas. Para entregar al porvenir esos crímenes sociales envueltos en su épico anatema exponiéndolos á la execración de las edades futuras.

Esa será la trascendencia grande, inmensa del himno de Rostand.

Ya lo dijo otro gran escritor protestando de otra iniquidad social: Zola, en su memorable carta á madame Dreyfus:

«Y seremos nosotros, los poetas, los que condenaremos á los culpables á eterna vergüenza. Los que nosotros condenamos son maldicidos ó olvidados por las futuras generaciones. Son nombres que, acusados de infamia por nosotros, se pierden en innumerable torbellino durante el transcurso de los años. La justicia inmanente se ha reservado este castigo, buscando á los poetas para que sepulten en el fango de la execración aquellos á quienes la perversidad social perdona sus grandes crímenes.»

Así debe ser. Rostand, poeta, inspirándose en las desdichas de un pueblo atropellado, de la humanidad escarnecida, y anatematizada la injusticia, el egoísmo y la cobardía de los Estados poderosos, no puede hacerse cómplice, perdonando, de esa perversidad social de que habla Zola.

Su himno á Krüger cumplirá en el porvenir y en la Historia la misión de justicia y de castigo que le es propia.

JOSÉ CINTORA

El asesinato de

"EL PORVENIR NAVARRO,"

Es inaudito, irritante, escandaloso lo sucedido con el semanario pamplonés *El Porvenir Navarro*.

Dirige ese periódico, del que yo he leído un solo número, un militar sublevado en Badajoz, don Basilio Lacort, natural de Navarra.

El valiente soldado de la República, después de perder su carrera y exponer la vida por sus ideales, ha sufrido años de emigración y miseria. Volvió á España, conapiró, y cuando se convenció de que era inútil pensar en revoluciones á la antigua, cogió la espada, y pluma en ristre fue a su tierra a luchar en una ciudad levítica y carlista por la libertad. Bueno demostró ser Lacort en Badajoz; heroico nos parece en Pamplona.

No habiéndolo visto, no habiendo pasado por ello, no se comprende lo que es publicar un periódico liberal, honrado y sincero en una de esas poblaciones, madrigueras de la frailería.

He hablado ya en *El Pueblo* algunas veces de lo que me pasó en Santander, menos clerical que Pamplona, con *La Voz Cantábrica*. Como hablo por experiencia, admiro á Lacort y lamento sus caídas.

Voy a citar una anécdota que pinta el grado de embrutecimiento á que han llegado algunas señoras y señoritas, gracias á sus directores espirituales. Me recordó el hecho hace pocos días un excompañero de la prensa santanderina, nieto de una de las glorias dramáticas más puras del teatro romántico, del autor de *El Trovador*.

—¡Se acuerda usted—me dijo—de aquella señorita á quien usted creía medio loca, porque no permitió nunca que la viera usted el rostro? Pues se ocultaba de usted porque se hubiera considerado en pecado mortal si la llega usted á mirar á la cara.

En efecto, no llegué á vérsela, por más que hice cuanto pude por conseguirlo, picada ya mi curiosidad. Si la veía venir á distancia, me paraba y escondía en el umbral de la puerta para sorprenderla al pasar junto á mí. Ella entonces, sin disimulo alguno, volvía la cabeza ó se tapaba la cara con el manguito ó el velo. Hasta incurrir en estas puerilidades se llega bajo la influencia demoralizadora y embrutecedora del fraile, particularmente del fraile de la Compañía de Jesús.

El Porvenir Navarro ha hecho una cam-

La eminente patriótica defendiendo la libertad en uno de los focos del carlismo, y ha realizado una empresa grandemente moralizadora: la de impedir que uno de los centros de enseñanza de aquella capital continuara convertido en academia de estúdios.

No sé por qué habrá sido excomulgado el semanario; lo que sí sé, es que después de la excomunión, Pamplona ha dado las mayores pruebas de fanatismo, de chifladura religiosa, de estúpida beatería y de ridiculidad. Se ha privado de imprenta, de vendedores, de repartidores y empleados al semanario; la criada que servía al señor Lacort ha huido de su casa como del infierno, y los periódicos *sensatos* de Pamplona han abierto sendas suscripciones para recompensar a esa doméstica; se han confabulado las señoras para no comprar en las tiendas en que se lee *El Porvenir*; se desagraviaba de mil modos al obispo yendo a visitarle el ayuntamiento, las asociaciones católicas y los aborrecibles *luisos*; si alguno de éstos va al teatro y le toca por casualidad estar sentado al lado de la butaca del señor Lacort, abandona el coliseo, haciendo el sacrificio de las dos pesetas que le costó el billete; en fin, un asco...

Es dudoso que en tiempo de Carlos II el imbécil, conmoviera tanto una excomunión y se apartaran de ese modo las gentes del hereje.

¡Cuánta imbecilidad! ¡Y se crean cristianos los católicos de Pamplona! Ignoran los muy estúpidos que Cristo mandó perdonar las injurias y amar muy señaladamente al enemigo.

Pero hasta aquí todo esto era tristísimo y vergonzoso. Probaba el estado de abyección a que ha llegado España gobernada por neos, por carlistas vergonzantes y liberales sin vergüenza; pero no acusaba complicitad a las autoridades.

No podía faltar la arbitrariedad y no ha faltado. El gobernador de Navarra, en vez de cumplir y hacer cumplir las leyes y servir al Estado, ha hecho a las mil maravillas de brazo secular del obispo: ha *suprimido* el semanario excomulgado.

La excomunión no puede llevar aparejada pena civil alguna. La ley ampara la tolerancia religiosa; lo único que pena es el escarnio a una religión determinada. Si *El Porvenir* hubiera escarnecido la religión católica, si hubiera injuriado a sus ministros, debieran estar procesado el director o los autores de los escritos en que esos delitos se cometieran; pero nunca podía castigar con la supresión el tribunal competente, mucho menos el gobernador de la provincia.

Alegará éste en su defensa que están suspendidas las garantías constitucionales. Así es; pero lo están para reprimir los desórdenes, no para suprimir periódicos, y se llegó a esa extraordinaria medida para poder mejor reprimir las algaradas carlistas y evitar intenciones como las de Badajoz y Berge, no para perseguir a los liberales.

Además, pueden los gobernadores, después de multa y de suspender un periódico, suprimirlo; pero no empezamos, como el Ponce de Navarra, por la última y más grave de las penas.

Es un atropello inico, es una barbaridad la cometida en el feudo carlista del cabripedo Vadillo, por el gobernador.

Los liberales de toda España deben ayudar a Lacort para que sostengan su semanario cuando come la orden de supresión, ó cuando reaparezca con distinto nombre.

Es cuestión de honor para los liberales de España no dejar morir *El Porvenir* Navarro. Si no lo hacemos así, seremos dignos de los cedrillos blandos con que obsequian a la libertad las fatulentas devotas de Pamplona.

ROBERTO CASTROVIDO

BLASCO IBÁÑEZ

La semana de Blasco Ibañez pudiera bien llamarse la actual.

Al comienzo de ella, un banquete dado en su honor por el triunfo alcanzado con su última novela, *Entre narajos*, banquete al que concurrió casi todo lo más selecto del periodismo, de la literatura, de la escultura, de la pintura y de la música, amén de gran número de admiradores.

Y después, al finalizar la semana, un valiente y enérgico discurso en el Congreso, haciendo resaltar la significación reaccionaria del gobierno con motivo de la supresión de *El Porvenir* Navarro, de cuyo hecho se habla en varios lugares de este número, discurso que han aplaudido todos los que de liberales se precian.

¿Qué prueba una y otra manifestación? Que el país acoge ansioso cuantas ocasiones le presentan de hacer justicia, y que no tiene él la culpa si le presentan tan pocas.

Felicitó a Blasco Ibañez por haberle presentado esas dos en una sola semana.

Para impedir que circulase un número del *Heraldo* de Madrid que se le antojó denunciar al gobierno, se renovaron en la noche del miércoles aquellas brutales escenas que presencié esta Villa con inusitada frecuencia allá por los años 84 y 85, siendo la víctima *EL MOTIN*. Hubo multitud de vendedores apaleados, algunos heridos, y el escándalo y la alarma consiguientes.

Desde entonces acá, el *Heraldo*, como todos los periódicos liberales, y algunos

republicanos, han halagado al clericalismo, causa de tales atropellos, pues si clerical era el gobierno, aquél, no menos clerical lo es éste. *EL MOTIN* continúa en su actitud, a pesar de que cada día tiene menos correligionarios anticlericales.

Adelante con las complacencias, hasta que nos revienten a todos. ¡No querían frailes! ¡No era de mal gusto atacar al clericalismo! Pues que tomen clericales y mal gusto.

A GUSTO DEL PALADAR

Aquí todos parecen santos y santas, pero que a nadie les toquen la tequilla de su pasión dominante, porque al punto nos revienta las narices.

Formese cada falso devoto una moral a su gusto, que se amolde perfectamente a las circunstancias, a su carácter, a sus inclinaciones, a su ocupación, etc., y riñase ustedes de tomar por asalto las murallas de la Sión celeste, y de conquistar con fuerte brazo la corona de la Gloria, porque ya pasaron de moda esas teorías. Hoy se busca, sobre todo, la comodidad, y nada de mortificaciones. Los intrépidos que se niegan a sí mismos con santa violencia; los valientes campeones que, arrastrando la cruz de su tribulación, llegan a la cima del Calvario, casi han desaparecido, y apenas existe alguno en estas generaciones afeminadas y dulzarronas.

¡Véis a don Fulano! ¿Qué cara de venerable! Su despacho es una especie de oratorio: almanaque del Corazón de Jesús; esculturas de Cristo, de la Virgen y de los mártires; cuadros de pasajes bíblicos; la indulgencia de su Santidad para la hora de la muerte... sólo falta el pilón del agua bendita. ¿Caritativo? Lo es; distribuye limosnas en público y en privado, visita hospicios, escuelas y cárceles. ¿Devoto? De los que más figuran: asiste a los templos mañana y tarde; vela con el Santísimo día y noche, le acompaña en procesiones, le recibe con frecuencia y con aparente fervor. Pero sonreíd cuando habla, y veréis cómo lo toma por insulto; dirigidle una palabra dulce ó agria de consejo y reprensión, y veréis cómo no la puede soportar: os tirará un tintero a la cabeza si está escribiendo, una sentenciola de condenación si puede darla. Este hombre, con trazas de santo, está hinchado de soberbia, y en su altanería y orgullo no concibe las humillaciones. El edificio aparatoso de su santidad es, por lo tanto, un débil castillo de naipes, y no hay para este despota, que nadie puede sufrir, más que seis pecados capitales, empezando por el segundo. Adelante.

Y don Mengano, ¿qué defecto tiene? ¡Ah! este no puede negarse que es humilde y manso. Goza de talento y no se engríe; le pisan un callo y aún da las gracias, le perjudican en su buen nombre y como si tal cosa. Es de genio apacible y bondadoso; tiene la sangre de horchata, y claro está que su trato dulce y placentero no es humildad en la presencia de Dios, ó es humildad que no tiene ningún mérito, porque se ejercita naturalmente y sin ningún género de violencia. En cambio este *borrego* tiene afición a las pesetillas, y al ver un *perro chico* se le cae la baba, ve un duro en pieza se pone a bailar un tango, y cuando atisba una moneda de oro, se queda estupefacto y patético. La avaricia es su flaco dominante y todo lo demás le parece cosa fácil. ¿Aguantar dos horas de rodillas? Bueno. ¿Rezar la estación en cruz? Magníficamente. ¿Ostentar un escapulario en las calles y plazas? No hay dificultad. ¿Acompañar un cadáver al cementerio? Con mil amores. Pero si a este Mengano le advertimos que hay en tal sitio una necesidad verdadera, por ejemplo, una viuda con seis hijos que se mueren de hambre, un anciano sin fuerzas para ganar el pan, un angelito sin leche, etc., etc., entonces los devotos, dominados por la avaricia, huyen de las necesidades como el diablo de la cruz, y corren presurosos... ¿a dónde? al Banco, al Monte de Piedad, a la Administración de Loterías, a la Lonja, tal vez a la Timba, porque su corazón es de metal, y los metales no sienten dolores ni se ablandan ante las miserias.

Estos devotos... del Becerro de oro se presentan, por lo regular, con traje de místicos: todo lo critican y en todas partes ven defectos y abominaciones, pero no sienten el peso de las vigas en sus propios ojos, no reparan, si son comerciantes, en los negocios infames que llevan entre manos, ni juzgan como pecado leve, si son propietarios, el alquilar sus casas a los enemigos de la religión.

MANUEL GASCÓ

Pasiones religiosas

Con tal epígrafe encabeza *El Correo* del día 9 un telegrama de Mencheta que dice:

(Pamplona 9, 345, tarde.)

«Se ha celebrado la anunciada manifestación. Al medio día ha salido el ayuntamiento, precedido de maceros y timbaleros y con el estandarte de la corporación, dirigiéndose al palacio episcopal para demostrar al prelado su adhesión y protestar contra la campaña realizada por *El Porvenir* Navarro.»

¿Qué vergüenza! El ayuntamiento precedido de maceros y timbaleros y con el estandarte de la corporación. ¿A cualquier Vadillo de sentido común se le resisten fiestas de semejante índole.

Parece mentira que en las postrimerías del siglo que llaman de la luz, se vean cosas tan injustas, tan estúpidas y tan

luculentas como las acaecidas en la capital de Navarra el domingo 9 del actual, con la supresión del periódico *El Porvenir* Navarro. ¡Qué porvenir esperarán las personas que se pusieron las mejores alhajas y ropas y adornaron sus edificios con colgaduras! ¡Qué juicio habrán formado de los pamploneses en el extranjero! Causa asco, indignación y vergüenza pensar en los medios empleados para suprimir un periódico liberal.

¿Cuántos periódicos carlistas ha suprimido el vecindario de Pamplona por la última algarada?

Continúa Mencheta:

«En el balcón del ayuntamiento el obispo dirigió la palabra nuevamente a los manifestantes, recomendándoles orasen por los excomulgados y que se abstuvieran de leer *EL MOTIN* y otros periódicos impíos.»

Si el señor Lacort no fuera tan liberalote y tan bonachón se reíría de tanta patraña; pero de cualquier modo pueden estar contentos él y todos los excomulgados, porque el obispo de Pamplona ha recomendado a los navarros oren por los que tienen la valentía de decir en letras de molde la verdad, todo en favor de la justicia y el bienestar de los españoles.

BALTASAR GALLEGU

PREVISION

El primero amar a Dios sobre todo lo existente.

¿Le amas mucho, penitente?

—Padre, tanto como vos.

—¿Alguna vez, en su agravio, juraste por Dios quizás?

—No ha proferido jamás un juramento mi labio.

—Perfectamente; adelante.

—Yo las fiestas santifico.

—(Pues, señor, es un buen chico ó miente como un tunante.)

Pasa al cuarto y haz historia.

—A mis padres ¡oh dolor!

honrar no puedo, señor,

sino honrando su memoria.

—¿Murieron?

—Al dar me vida,

la madre de mis entrañas.

—¿Y tu padre?

—En las montañas,

en la lucha patriótica.

Después de reñida acción,

cruel le hizo fusilar

un ministro del altar,

guerrillero de ocasión.

Y, en verdad, señor vicario,

qué si yo con él me viera,

le matara... ¡aunque estuviera

al pie del confesonario!

Mas ¿qué tenéis, padre mío?

¿Os acometió algún mal,

que os habéis puesto mortal

y os estremecéis de frío?

—El asombro... la emoción...

(Se me anuda la garganta.)

—¿Sigo, padre?

—No, levanta

y toma la absolución.

—Sin acabar!

—Tu conciencia

penetra seguramente;

pero jura, penitente,

cumplir esta penitencia.

—Decid, y será cumplida.

—¿Por Dios me lo juras?

—¡Sí!

—¿Que no vuelvas por aquí

en el resto de tu vida!

E. SEGOVIA ROCABERTI

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a *EL MOTIN* a 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Cuestión de gustos

Hace poco tiempo, una revista de París abrió una sección dedicada a sus suscritores y encabezada con esta pregunta: «¿Qué desearías poseer mejor, el talento de un Víctor Hugo ó la fortuna de un Rothschild?» La gente, como es natural, se fué con el dinero y le pegó un puntapié a la ciencia. Casi todos querían ser ricos mejor que sabios. Y los Catones del periódico en cuestión se indignaron, diciendo que el vicioso y malsano ambiente de París había sido la causa de que el público contestase en aquella forma tan poco acorde con los nobles instintos del hombre civilizado.

Yo confieso que no lo entiendo. Para mí el público contestó a la pregunta desde lo alto de la prudencia.

Pues ¿qué acaso se pretende que en una sociedad como la nuestra, en que el dinero Dios, el dinero rey lo puede todo, sea menos deseado que la gloria, que apenas si da honores y consideraciones? ¿Acaso en la cloaca humana no es el dinero la gangrena moral que corre en absoluto la existencia? ¿Con qué se consigue el egoísta disfrute de la vida?

¿Con qué se persigue la felicidad y se la coge donde se la encuentra? Esto es horrible, pe-

ro es una verdad, triste como todas las verdades. No hay que dudarlo: el pueblo va siempre a lo útil y lo verdadero. Los deseos del instinto son más fuertes que los argumentos de la razón.

Comparad si no las nerviosas alegrías del trabajo con las dulzuras tibias de la hartura y de la holganza. Mientras el vividor bohemio y adinerado danza correctísimo entre desnudos hombros, deslumbrantes trajes y perfumes de amor, el sabio y el literato sufren y luchan obstinados en la sombra, contra el arte rebelde. El uno con la llave dorada, que lo puede todo, vive en medio de un mundo de delicias; los otros, del abatimiento del pensar y las angustias del concebir, pasan no pocas veces a manos de una crítica envidiosa, que los llena de diatribas, injurias y baldones.

¡Oh, sí! Ciertamente que la gloria literaria ó científica es muy hermosa; pero en la sorda lucha del deseo contra la dura necesidad, ¿qué ventajas positivas reporta aún a los genios? Comparad lo que un Rothschild ó un Vanderbilt pueden ganar en una jugada de Bolsa ó en cualquier otra operación financiera, con lo que produce la obra de un artista eminente. Mirad las pruebas. Rousseau vendió el «Emilio» por 6.000 francos; Jorge Sand la «Indiana» al librero Boxet, por 600; Diderot, sus «Pensamientos filosóficos» por igual cantidad; Racine, la «Andrómaca» por 200; Boileau, su «Lutrin» por 600 pesetas, y por igual cantidad did Gíblon «La historia de la decadencia del imperio romano.» Y el propio Milton confiesa que con su célebre «Paraiso perdido» ganó cinco libras en la primera edición, y otras cinco en la segunda, hasta que vendió los derechos de todas sus obras por ocho libras. En España no hay que hablar, pues a don Juan Valera le produjo su famosa «Pepita Jiménez» 6.000 reales!

¿Qué tiene, pues, de extraño que en París y en todas partes, siendo el dinero el infinito poder, se prefiera ser un Rothschild ó un Víctor Hugo? ¿Revela esto animalidad, ó, por el contrario, astucia y buen sentido? Además, los hijos de Rothschild, Vanderbilt y de Napoleón, no serán potentados, banqueros, nobles y semidioses mañana, de igual modo que lo fueron sus padres ayer. En cambio el genio, ¿qué transmite con su sangre? ¿acaso la gloria?

El hijo del jurisconsulto Alighiero Degli-Elisei y de doña Bella, ha hecho el nombre de Dante inmortal. ¿Quién ha oído hablar nunca de sus hermanos? ¿Quién conoce los descendientes de Newton, Cuvier, Renan y Krause? Chateaubriand investigó dónde había ido a parar la sangre de Milton, y encontró al nieto del célebre poeta de sacristán en una parroquia de Madrid, en los primeros años del siglo XVIII.

Y para eso tanto sacrificio y dolor, tanta lucha y tanto trabajo! Por amor a la gloria renunció Enrique Heine a una fortuna, y el mundo de los positivistas le apellidó loco. No hay que dudarlo; cualquier elegante de esos que sudan oro y vicio goza más de la vida que los que trabajan y estudian. Muchos no lo creen, porque son incapaces de comprender las inmensas dulzuras que produce la carencia absoluta de sentido común. Pero lo cierto es, que mientras los mediocres y anodinos reposan en mullidos lechos, haciendo vida de sensualidades, se recuerda a Dante chiflado, y a Zimmermann, a Gill, a Guy de Maupassant y a Nietzsche muriendo locos.

Si que alcanzaron la gloria y son inmortales; pero ¿acaso el olvido no se atreverá a tocar en ellos? Las imágenes de su gloria no serán arrastradas por el tiempo como todo lo demás. Aquí llamamos triunfar del sepulcro los siglos de vida póstuma de Shakespeare, Rafael, Fidias y Homero. Pero ¿dónde están los pintores, escultores y poetas que brillaron antes, preguntaba un escritor venezolano. ¿Quién escribió el Ramayana? ¿Quién pintó los admirables frescos de Pompeya? ¿Quién levantó la pirámide de Cheops? ¿Qué queda de la civilización de Egipto?

Todos los grandes artistas que ejecutaron esas obras inmortales han desaparecido ya en el río revuelto de la historia. Este es el balance. Por eso yo encuentro muy natural que la mayoría prefiera la fortuna de un Rothschild al talento de un Víctor Hugo. Eso es lo positivo. Pero, en cambio, quedese para los héroes que sacrifican su propia dicha al progreso y bienestar de las generaciones futuras, la admiración de los intelectuales.

MARIANO CUBER

Leo que Fernando Gasset, diputado republicano por Castellón, ha declarado en los tribunales, contendiendo con el bacín de Nocedal, que es tan católico ó más que él.

Aunque estoy acostumbrado a ver cosas de estas todos los días entre mis queridos correligionarios, me resisto a creerlo.

Ruego a *El Clamor* de Castellón que ponga esto en claro, para que sepamos todos a qué atenemos respecto al señor Gasset en el terreno anticlerical.

OIDO A LA CAJA

Un periódico que se dice independiente, *El Eco de Navarra*, ha publicado el siguiente escrito, que su autor no se atreve a firmar, pero que huele a carlista:

«A fuer de católico, apostólico, romano, me permito exponer algunos medios para extirpar de un solo golpe la plaga moral que padecemos; medios que pueden llevarse a la práctica fácilmente, con un poco de buen deseo y con feliz resultado.

Si todos los católicos navarros deseamos de veras vernos libres de una publicación y una propaganda, que como católicos y como navarros nos

deshonra, debemos comenzar, no sólo por observar puntualmente el mandato de S. I. sino por prohibir a todas las personas que de alguna manera de nosotros dependan la lectura y cooperación, de cualquiera clase que ésta sea, al periódico excomulgado; y para que su prohibición sea práctica y eficaz, debemos sancionarla con todos los castigos y privaciones que estén a nuestro alcance, dentro de la moral, de la conciencia y de nuestro libre y natural derecho.

Pero no debe detenerse ahí nuestro esfuerzo; es preciso pelear, luchar y vencer en todos los terrenos, en todos los órdenes de la vida; porque no estando, como no estamos, dotados de dos naturalezas, una sola persona es la responsable de todas nuestras acciones y omisiones, y, por tanto, el proceder que adoptemos para la vida privada é individual, debemos adoptar para la pública.

En consecuencia, pues, debemos influir con todas nuestras fuerzas con las corporaciones y sociedades, ya tomemos parte de ellas, ya les seamos totalmente ajenos, para que adopten análoga resolución a la nuestra, y la lleven a la práctica con todo rigor, llegando a conseguir que nadie encomiende ningún servicio, encargue ningún trabajo, ni lo acepte, ni compre, ni venda nada, aún lo más necesario, a persona que directa ó indirectamente favorezca a *El Porvenir* Navarro, aunque sólo sea con su lectura.

Conviene al interés religioso y social de la provincia extremar este rigor saludable; a tal punto, que si hubiera al servicio de las corporaciones ó sociedades personas conocidas por su afinidad de ideas y procedimientos con *El Porvenir* Navarro, debe ponerse todo empeño en que sean suspensos de empleo y sueldo, y si persisten en sus ideas, en que queden cesantes.

Si alójase en la realización de lo expuesto, creemos procedente acudir a las autoridades de la provincia, ya del orden gubernativo, ya del orden militar, con razonada exposición, en la que se consiguen claramente los insultos y provocaciones de que a diario son objeto en esta noble provincia sus más caros sentimientos, lo expuesto que estamos por esta razón a una grave alteración de orden público, y las violaciones constitucionales y del Concordato atentado, y suplicando a dichas autoridades que no solamente suspendan la publicación del periódico causa de la perturbación, sino que prohiban a sus subordinados su lectura, y toda cooperación al mismo, y, si es preciso para extinguir el mal, al traslado de la cesantía de los insubordinados.

Creo que éstos son los únicos eficaces remedios para destruir el foco de inmoralidad que tenemos dentro de casa; y creo que, ya que no podemos arrojarlo muy lejos de nuestra querida Navarra, dada la constitución social presente, es nuestro deber imitar la conducta de los antiguos romanos, negando el agua y el fuego a los desgraciados causantes de la perturbación que lamentamos, si la divina clemencia no se apiada antes de ellos y llaman sus empujados corazones al arrepentimiento.

¡Manos, pues, a la obra, católicos navarros! Asociémonos, unámonos, tracemos nuestra línea de conducta, y adelante hasta conseguir el restablecimiento total y completo del orden religioso perturbado.»

Lo copio, para que vean los republicanos y liberales si está justificada la campaña que *EL MOTIN* viene haciendo contra el clericalismo, y para que sacudan la indiferencia de que están dominados, si no quieren hacer posible la venida del carlismo, que nos aplicaría a todos las medidas que ese carencido escribidor propone contra los que escriben y leen *El Porvenir* Navarro.

VICTORIANO GARRIDO

¿Qué hombre más noble, más ilustrado, más entero y más bueno era este que acaba de morir en Carabanchel, don de ejercía la medicina!

Al lado de sus cuatro hermanas, de las que nunca se apartó; escribiendo libros tan hermosos como el titulado *La Cárcel* y el *Manicomio*; haciendo de su profesión de médico un sacerdocio; sintiendo hacia el doctor Esquerdo una amistad que en ocasiones parecía mejor un culto, Victoriano Garrido ha pasado así su vida. Los últimos años enfermo, pero no abatido, soñando siempre con lo que soñamos todos los republicanos, prestando todos los servicios y haciendo todos los sacrificios que se le exigían.

Descanse en paz el amigo Garrido, y lleven al que fué su hogar estos renglones la expresión de cuanto lo quise y admiré, por si puede esto mitigar un instante la pena de sus santas hermanas.

JOSÉ NAKENS

OTRA VEZ

Suma y van... con esta ya tres veces que por lanzar un viva apasionado, en la cárcel estoy, igual tratado que los que en ella están por «pequeñeces.» (1) ¡Lloré a Témis!, ¡abracé a los jueces que otra vez mis delitos han pesado, y viva la igualdad que me ha igualado a criminales rudos y soeces.

También soy criminal, y así, al juzgarme, en nada, Témis, fuiste vengativa, y en todo, ¡oh Témis! fuiste justiciera y otra vez ¡viva Dios! deben ahorcarme cuando sin garantías lance un viva, y obispo hacerme cuando lance un muera.

ESCULTA

«Que no lean *El Motin*» ha encargado a sus borregos el obispo de Pamplona. ¡Pero si no lo leían, excomulgador prelado! Y se lo voy a probar a usted.

¿Serían tan horriblemente salvajes si lo leyeran?

Regla segura.

Donde quiera que las masas gruñan,

abullen y rebuznen, no se lee *El Motin*.

Y no es porque él evite que se haga, sino porque sólo en las poblaciones civilizadas se siente la necesidad de leerlo.

Por esto no son muchas.

(1) (Robar asesinar, etc.)

La ley carlo-integrista

(Conclusión)

Terminamos la tarea que nos habíamos impuesto de dar a conocer las leyes que haría el carlismo, con las siguientes:

BASES RELATIVAS A LOS DELITOS COMUNES

1.º Todo homicidio o duelo, probado que sea con testigos, aunque el reo niegue, será castigado con el patíbulo y demás penas de la legislación anterior al liberalismo.

(El autor no se ha atrevido a enumerarlas, pero lo haremos nosotros. Esas penas son el tormento, los azotes, la ignominia y exposición a la vergüenza en público, los golpes, el descuartizamiento, la hoguera)...

2.º Se suplicarán esas mismas penas contra los suicidas, delistas, etc., y contra sus cómplices. (¿Qué atrocidad!)

3.º Leyes especiales severísimas harán entrar el vestido y sus formas en los caminos de la honestidad. Se restaurarán las antiguas leyes sumptuarias, que señalaban a cada uno, según su clase, el vestido que debía usar. (Si, vestiremos todos cilicio y estameña.)

4.º Todo público escandaloso é incorregible, será separado, sin consideración alguna, de su familia y del pueblo en que habite, dañándolo con su presencia, y será destinado a servir en la Marina! (También la armada sería para los carlistas un presidio correccional. ¡Que honor para la... Marina!)

5.º Todo ladrón en materia grave (según los casuistas ultramontanos constituye materia grave el robo de una peseta), será castigado con el presidio o con el patíbulo, según las circunstancias.

6.º Los intrigantes secretos contra las autoridades establecidas (claro es que una de ellas es la religión) que formen sociedades o por escrito fomenten la rebelión, serán condenados a muerte.

7.º Las sociedades secretas y conjuraciones políticas ocultas serán perseguidas, y los adheridos a ellas castigados, según las leyes más duras, anteriores al liberalismo.

8.º Todo aquel que hubiere pertenecido a esas sociedades (¿a cuáles?), será inscrito en un registro que sirva para tenerlo siempre en vigilancia, y será además excluido de todo cargo público. (¿Y de respirar, no?)

Hacemos aquí alto en la tarea de consignar las atrocidades brutales que el carlismo y el integrismo reconocen como bases de la legislación grosera y medio salvaje que establecerían si asaltaran un día el poder. Otras muchas que omitimos, no van más allá que las aquí transcritas; con ellas basta. El párroco vigilará la escuela, el dean la enseñanza de la comarca, el obispo la de la Universidad, y no se enseñarán desde la escuela, ni desde la cátedra doctrinas heréticas.

Base 20.º La Iglesia. «El clero en España unidad católica con exclusión de otro culto público, y los cánones se tendrán como leyes vigentes (así en absoluto; el absurdo de lo absurdo). La monarquía, como religión falsa, no podrá celebrar sus ritos, y si se demuestra su complicidad en las pasadas guerras coloniales, será perseguida como sociedad antipatriótica.» (No dice que puede demostrarse la culpa de los frailes en la pérdida de Filipinas y ser perseguida la frailería por antipatriótica; eso no, aunque los carlistas de hoy tanto empeño ponen en decir que no son clericales...) Base 21.º El clero. «El rey (Chapa) renunciará al ejecutivo o pase regio y a todas las demás regulas; la Iglesia se gobernará según tiene derecho a hacerlo, por sí misma, como sociedad perfecta. El rey no elegirá canónigos, ni obispos, y extinguirá el presupuesto de culto y clero mediante condiciones que hagan a la Iglesia independiente del Estado en lo económico... Así como hay tribunales militares, los habrá eclesiásticos que entenderán en lo relativo a personas y cosas eclesiásticas.» (No se olvide que, según el derecho canónico, que estas bases reconocen como del reino, son personas eclesiásticas todos los bautizados.)

Base 22.º El Ejército. «El Ejército constará de voluntarios en número suficiente.» (Casi las mismas palabras que nuestro fraile misionero emplea, y las tuvo de Aparisi y Guizardo. Como se ve, el carlismo y el integrismo no adelantan ni varían un ápice.) Base 23.º Las libertades. Quota abolida la de cultos. La de asociación será permitida (no dice reconocida) mientras no se oponga al bien público y a la moral. La de imprenta será latísima para todo (aun criticar al rey) cuando no sea atacar a los dogmas católicos. La de enseñanza será completa, pero sin salirse del campo de la ciencia, que como procede de Dios, no puede ser herética.

Y así todo; libertad, pero no para lo que contraría al clero alto, a Ron a, al fraile, a la tradición; frases ambiguas y conceptos elásticos, donde cabe todo despotismo, hasta el más inquisitorial.

Se dice que no se restaurará la Inquisición; pero si los cánones todos han de ser ley del país; la Inquisición queda de hecho restablecida, y la teocracia y todas las brutalidades de nuestro misionero quedan proclamadas, porque esos cánones son más retrógrados y opresores que todas las leyes absolutistas posibles.

Eso es lo que el pueblo español puede esperar de carlistas y de integristas; ellos nos lo dicen lo mismo en 1867 que 1899, sea francamente, sea entre rodeos y ambigüedades mal pergeñadas, para disimular sus terribles designios. Lo que conviene es no olvidarlo.

Y recordamos ahora de nuevo, que estas bases formaban la parte principal de un libro hecho por mano de fraile carlista y alzado por la Regeneración, El Pensamiento Español, La Esperanza, Alar y Trono, La Fe, El Siglo Futuro y toda la prensa nea y carlista: en diferentes ocasiones bendecido por los obispos aprobado por la censura eclesiástica, indulgiado, recomendado, repartido en las misiones...

Un autor era un animal traillote, soez y ridículo, dedicado a las misiones y a obras de fanatismo burdo. Tuvo la necia osadía de retratarse al frente de este su libro (no el único), enarbolando una bandera con la cruz y la leyenda: «Viva el conde de la Muera la bestia» (el liberalismo) y hallando con su pie a un diablo, como si fuera el fraílón adorado un San Miguel Arcángel.

A pesar de eso y del pésimo castellano en que escribía las barbaridades de sus libros, Roma, episcopado, neos y carlistas lo alabaron y jalearon, diciendo que nadie había interpretado mejor el pensamiento legislativo de una monarquía católica pura.

Ciertamente, si hoy preguntamos a los carlistas

o nacionalistas si plantearían esa legislación, dirán que no, por haber cambiado mucho los tiempos, y añadirán que nadie daría más libertades que ellos; pero en el pero está el quid siempre dentro de las tradiciones católicas y de lo que exige la religión.

Mas tendrán cuidado en callar que en sus publicaciones, todas, incluso El Correo Español, El Centro, El Fusi, El Siglo Futuro y otras muchas de estos últimos meses, se ha defendido y se defiende con más o menos disimulo ese conjunto de bases y además la Inquisición y los procedimientos inquisitoriales.

No nos dejarán mentir los que hayan leído esos periódicos y todos los escritos de los ultramontanos. Hoy una, mañana otra de esas bases, aquí apuntadas, siempre han estado defendiendo. Tenemos para prueba un folleto modérrimo, publicado por los catalanistas carlistas en 1899, (Barcelona, imprenta de Casanova, Catalunya Autónoma), cuando empezaban la propaganda que ha producido la última intentona. No dirán que ese folleto es antiguo, de 1867, como el libro de nuestro misionero. Pues en ese folleto, que como de propaganda es brevisimo compendio de la doctrina carlo-integrista, condensada en 26 bases, hallamos las mismas frases que en las del misionero franciscano.

La base 13, relativa a la Enseñanza, dice: «Tanto en la enseñanza privada como en la pública tendrá intervención la Iglesia conforme prescriben los cánones que son ley en todo estado católico».

MINUTA

El fin del Estado es conseguir la mayor prosperidad posible para todos; y como no puede concebirse en nuestro actual modo de ser sino con la mayor libertad posible para todos, todas y cada una de las constituciones políticas del porvenir tendrán que estar informadas en principios superiores basados en la completa independencia de los pueblos y la igualdad de derechos para todos los ciudadanos.

De esto se deduce, que esta necesidad excluye, para lo futuro, todo principio monárquico o jerárquico. Desde el punto de vista político nadie debe ser siervo de otro, nadie debe ser señor de otro. El establecimiento de la forma republicana para los Estados constituidos en toda Europa, debe considerarse, pues, únicamente como una cuestión de tiempo. Las monarquías o principados aún existentes son simplemente restos del viejo feudalismo y de las guerras de conquista del pasado, o desmoronadas ruinas de un tiempo en que el hombre solo conocía, políticamente hablando, la relación de señor y esclavo, de vencedor y vencido.

El sentimiento de la humanidad actual se remueve hasta sus cimientos al solo pensamiento de que uno sea señor o en cierto modo propietario de muchos, o de que una multitud esté sujeta a uno solo; de ahí que esta situación hace ya mucho tiempo estaría abolida, si los partidarios del antiguo sistema, por un cálculo bien entendido, no se apoyaran en las masas indolentes y acostumbradas desde mucho tiempo a la servidumbre, para resistir a la convicción de los doctos, y si entre estos mismos no hubiese una parte en la que cierto temor a todo cambio y a lo desconocido del porvenir, es más poderoso que su conocimiento de lo mejor.

Los defensores de tal situación alegan en favor de su conducta, que el pueblo no está maduro aún para forma política y constitución republicanas, sirviéndose de una buena imagen para un razonamiento falso, como si los frutos de mejor clase pudiesen llegar a madurez faltándoles las necesarias condiciones vitales, aire, luz, calor, alimentación, etc. Para poner en sazón para la libertad, la libertad misma es la mejor alimentación y la mejor educación. Un hombre completamente lleno de cadenas nunca podrá aprender a moverse libremente; por el contrario, puesto en libertad, podrá caer algunas veces, pero será para llegar a tenerse derecho...

Si tuviese ciertamente que aguardarse a que bajo la presión de una forma monárquica de gobierno, todos los hombres sin excepción, unidos bajo un mismo deseo y una convicción misma, se decidiesen de común acuerdo a pasar a una forma republicana, podría esto aguardar eternamente. Pero en todo tiempo una minoría exacta en sus juicios la sobrepajado la falta de prudencia de los más y ha formado a los conductores de las masas ignorantes para las más trascendentales revoluciones políticas.

LUIS BUCHNER

SECCIÓN AMENA

UN POLICIA EN EL CIELO

(CUENTO POPULAR INGLÉS)

I

Imposible es dar idea de la corajina que se había apoderado de John Facewt, famoso agente de policía inglés.

Era aquél un hombre que jamás había hallado dificultades para poner en claro y solucionar los más embrollados asuntos, y sin embargo, él, que había descubierto al asesino de la Meldeesness, célebre actriz a quien se encontró una mañana con la sien atravesada de un balazo, con el arma fatal

en la mano, y en un mesilla de noche una carta del amante desdenoso; él, que en el ruidoso proceso del robo de cien mil libras al Banco de Londres (robo achacado al cajero Mr. File, el cual había desaparecido al mismo tiempo que el dinero), pudo dar con los verdaderos ladrones; él, en fin, para quien los negocios más difíciles eran juegos de niños..., no podía atrapar a Alex Morrison, criminal muy conocido. El tal Morrison era más listo que el mismísimo Facewt, que es cuanto hay que decir.

Hacia tres meses que el activo polizonte estaba encargado de aquella captura, sin haberla conseguido... ¡Tres meses! Su desesperación no tenía límites, creíase ya deshonrado y hombre inútil para semejantes faenas.

Morrison no las tenía todas consigo, porque más de una vez había estado a punto de caer en las garras del infatigable Facewt; y como temía que éste le echara el guante de un día para otro, resolvió deshacerse de su tenaz perseguidor.

Al efecto, dispuso un viaje a las montañas de Suiza, y se arregló de modo que llegase la noticia a oídos de la policía, y con detalles tan minuciosos que su captura pareciese inevitable.

Facewt bailaba de contento, y provisto de los papeles necesarios, salió para Suiza, contando volver con Morrison, atado de pies y manos.

Morrison esperaba a Facewt en lo alto de una escarpada montaña de ascensión peligrosísima, y aunque había creído fácil deshacerse de aquel viejo polizonte, tuvo que entablar con él una lucha desesperada a brazo partido, hasta que cayeron ambos en una de aquellas simas inmensas...

II

Facewt llegó a la puerta del cielo y llamó con orgullosa firmeza y seguridad, creyéndose con más derecho que nadie para entrar en la mansión de los justos; pero San Pedro, que es un portero de los más escrupulosos, no quiso abrir.

—Yo soy Facewt—decía el recién llegado,—Facewt, ¿lo oye, señor!, el policía que tantos crímenes ha evitado en la tierra y que tantos criminales ha entregado a la justicia de los hombres.

—Si, si, si—replicaba San Pedro,—te conozco. Tú eres Facewt, el polizonte implacable que has contribuido a que los jueces de la tierra prive de la vida a muchos de tus semejantes. Tú eres Facewt, que hace pocos momentos has despedido al infierno a Morrison, el ladrón empuernido, sin darle tiempo para arrepentirse de sus culpas...

—Pero ha sido en legítima defensa... —Si, si, si, en legítima defensa. Pero aquí no recibimos a nadie con las manos manchadas en sangre. Tienes que purificarte: vete al purgatorio.

—¡All right! Pero hágame usted un favor...

—¿Cuál? —Tengo una curiosidad grandísima por conocer personalmente a Adán y a Eva; déjeme entrar un momento para verlos.

—¡Vaya una pretensión absurda! Estos seres de la tierra se creen capaces de todo. ¿Cómo vas a conocer a Adán y a Eva entre tanta gente como hay aquí? Muchos, muchísimos son los viejos y las viejas que tenemos en el cielo, y todos son parecidos, casi iguales...

—Dejaría de ser policía de la vieja Inglaterra si no diera con la pista de nuestros primeros padres.

—Sería cosa de verlo... Yo, que vivo aquí en la portería adonde todos vienen, llevo ya más de mil años sin verlos; por cierto que la última vez que se acercaron a mis dominios porteriles me costó grandísimo trabajo reconocerlos... y ahora vienes tú con más ínfulas que San Juan, pretendiendo encontrarnos de sopetón en cinco minutos, y sin haberlos visto nunca? ¡Quita allá, presuntuoso!

—Si yo entrara en el cielo los encontraría—repitió el inglés.

Admirado San Pedro del aplomo de Facewt y de la seguridad que tenía de dar con los primeros habitantes del mundo, abrió la puerta y le dejó entrar.

—Espera—le dijo,—quero ir contigo; quiero ver cómo te las compones para conocer a los primeros desobedientes.

Y llamando a San Andrés le dejó encargado de la portería.

Anda que anda, fueron pasando por entre aquella multitud de personas de todas clases. Millones de ancianos y ancianas habían visto ya, y San Pedro comenzaba a dudar de la habilidad del polizonte, cuando éste señaló a un viejecito de larga barba cana, de mirada triste y aspecto de resignación que conversaba con una viejecita de ojos vivarachos, de carácter inquieto y alegre, y que, a pesar de los años, conservaba aún rasgos de belleza incomparable.

Quedóse el portero celestial admirado; eran, en efecto, nuestros primeros padres.

—Pero, hombre prodigioso—dijo el santo,—¿cómo has podido conocerlos?

—Muy sencillamente, señor. ¡No os habíais fijado en que no tienen ombligo!

Otro periódico que ha caído, abandonado por todos, por combatir la farsa religiosa reinante: *El Porvenir*, de Algeciras.

Mi desprecio a todos los liberales de aquella comarca, y el *Chapa* sea con ellos.

¡Y ANDE EL NEGOCIO!

Ha caído en nuestras manos una revista del género religioso mercantil: *Los Angeles*

ilustrados de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Los cuales

anales

resultan altamente comerciales.

En la primera página o cubierta, lleva el pabellón: una imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y el título. En la segunda anuncios del doctor Klein.

Hasta aquí nada de especial. Debajo de los referidos anuncios vienen estos otros.

CULTOS

«Pueden mandarse celebrar por intenciones particulares, para alcanzar algún favor ó en acción de gracias por los recibidos, en la Iglesia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, Rosellón, 45, Barcelona, los siguientes cultos u otros análogos:

FUNCIONES.—Las de todos los jueves por la mañana a las 7 y las de todos los domingos y fiestas del año por la tarde, consistentes las de la mañana en misa rezada, gozos, recomendaciones y bendición con el Santísimo Sacramento, limosna 15 pesetas. En las de la tarde se reza el Rosario, hay cantos, recomendaciones a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, plática y bendición con el Santísimo Sacramento; limosna 15 pesetas. Tanto las unas como las otras pueden mandarse celebrar con mayor solemnidad y con sermón.

Misas rezadas, limosna 2 pesetas; con gozos y el Acordado, 5 pesetas; cantadas, 15 pesetas; solemnes, con ministros, 25 pesetas. A horas ó días especiales: rezadas, 5 pesetas; con gozos, 15 pesetas; cantadas, 25 pesetas; con ministros, 30 pesetas; con música, sermón ó iluminación, se añadirá a lo dicho lo que éstos cuesten.

¡Sabrán decirnos esos aprovechados Padres cuánto cuesta un sermón, ó a lo menos cuánto vale? Prosigamos:

—Tíndus para alcanzar algún favor ó dar gracias por los recibidos, con misa rezada y gozos, 15 pesetas; a horas especiales, 30 pesetas; sin misa, 10 pesetas; a horas especiales, 15.

NOVENAS de Acordado, rezadas en la comunidad, 5 pesetas; durante algún Oficio público, 15 pesetas; con lectura, 25; a horas especiales, 35 pesetas.

CANTOS de una *Salve*, *Magnificat*, *Ave María*, *Stella*, 5 pesetas; a horas especiales, 15 pesetas.

LAMPARAS.—Una novena (¿de limpioras? ¿qué será eso?) 25 pesetas; un mes, 6 pesetas; un año, 70 pesetas.

VELAS.—Se harán quemar (ó mejor *order*) adelante de la imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, del precio que deseen sus devotos. (¿Qué lenguaje!)

NOTA.—Los mencionados cultos se podrán celebrar en la misma iglesia en honor de Sagrado Corazón y de San José, delante de sus imágenes.

¡Tocan bien el artículo esos Padres franceses? No que no.

A seguir por esos caminos, pronto veremos aumentada la lista (con las pesetas correspondientes, según las horas, los días, las semanas, los meses y los años) en la siguiente forma:

Un suspiro de novicio, una peseta. Media hora de lectura espiritual, 2 pesetas.

Un cuarto de hora de contemplación, 15 pesetas.

Una novena de ayunos, 30 pesetas. Una genuflexión, 5 céntimos; doble, 10 céntimos.

Un Ave-María, 15 céntimos; con Gloria Patri, 20. Tres Ave-Mariás y Gloria Patri, 25 céntimos.

Una jaculatoria, 50 céntimos; la misma, si es fervorosa, una peseta; con lágrimas, 3 pesetas.

... ¡Asqueroso!

Si no hay prelado alguno que ponga coto a semejantes abusos, si no se corrige el escándalo, ya se irán trenzando los cordeles del látigo social con que Jesucristo arrojará otra vez del templo a los mercaderes.

(De El Regional.)

El padre fantasma

Llaman la atención de los zoólogos ciertos animales de especies ignoradas y hoy extintas; ya es el *pez-diablo*, que asoma su monstruoso abdomen por las costas de Irlanda; ya el *pez-mono*, hallado fósil en el litoral de China. Pero de lo que no tendrán conocimiento, es de un rarísimo ejemplar de la fauna clerical, que no cabe dentro de las clases de curas conocidas: *el cura fantasma*. En la villa de Peal de Becerro (Jaén) ejerce su misión espiritual don Antonio Gómez Trasierra, quien, llevado de sus ascéticas inspiraciones, y creyendo que le ha hecho merecer el alias de *el Bebe*, sin duda por la semejanza que tiene con este diestro.

Pues como íbamos diciendo, el don Antonio experimentaba de vez en cuando invencibles deseos de adorar al Creador en alguna de sus criaturas, y a este fin, y teniendo sin duda que sus actos acusadores de su virtud, trascendieran al vulgo, invadiendo la atmósfera el olor de santidad que de él emanaba (hay quien afirma que también exhala otros olores) imaginó un procedimiento tan hábil como sencillo para evitar habladurías y conseguir sus propósitos, y que consistió en trastocar el calendario, haciendo carnaval de toda época. Y una vez arreglado, esto envuelto en larga sábana, en la penumbra de las noches sin luna, recorría las calles caminando hacia su objeto, con todas las apariencias de un alma en pena.

Con esto conseguía dos fines: uno, pasar inadvertido en su correría; otro, alimentar entre los ignorantes campesinos y astudizadas comadres el horror a los trasgos y duendes, con todas sus consecuencias de limosnas a las ánimas y donativos para misas.

Pero como su olor de santidad era ya demasiado intenso para no llegar a los finos olfatos de los rásticos perdigueros, sucedió que don Antonio propuso y los peleños dispusieron; y una noche oscura, en la que, seguro del éxito recorría como de ordinario el tránsito por su calle de la Amargura (ó de la *Fulana*), un grupo de astutos labriegos, a quienes ya venían escamando las frecuentes visitas de ultratumba, advirtieron el contraste que producían unos hábitos negros debajo

del blanco sudario, y deseosos de esparcir la buena nueva, se apresuraron a correr la sensacional noticia.

Supo el cura quién había sido el autor principal, y temeroso de verse en lenguas, lo llamó a capítulo, y no contentándose con arrojarle el breviario a la cabeza, como ya en otra ocasión hizo desde el púlpito, concertó alianza ofensiva con un amigo, en unión del cual propinó al infeliz una paliza, en que con evangélico ardor recordaba el buen presbítero aquella otra que el divino Maestro propinó a los mercaderes que profanaban el Templo.

Y ya que de mercaderes hablamos, encomiaremos una nueva virtud del Padre *Fantasma*: esta es el espíritu mercantil que preside los actos de su vida toda. No contento con lo que le producen las misas, y con lo que a la salud de las ánimas recoge del cepillo; no contento con vender pasteles y zapatos en dos establecimientos instalados en su misma casa, se ha erigido en protector de otros varones de su misma calaña, (que también saldrán a los cuatro vientos, pues es lástima que la virtud se pierda en el olvido), tratando de arrebatar a unos pobres huérfanos la herencia de que les privó la ciberdad de un pariente loco. Pero esto queda para otro artículo.

A MIS AMIGOS

Ayer viernes, 7 del corriente mes de Diciembre, recibí un oficio del señor gobernador civil de esta provincia, que copiado a la letra dice así:

«La serie no interrumpida de ataques dirigidos por el periódico *El Porvenir Navarro* a los sentimientos religiosos que afortunadamente tan arraigados están en los hijos de este país, ha producido en ellos tal irritación, que de continuar la publicación de ese periódico, es evidente ó irremediable una grave alteración de orden público; y en previsión de mayores males, ó para evitarlos, he acordado suprimir la publicación del referido semanario.—Lo que comunico a usted por ser su director, para su debido cumplimiento.»

(Contéstale el señor Lacort, y la contestación, que aquí iba, fué suspendida por el Gobernador.)

Lacort hace este comentario:

«No es ocasión de hacer la crítica de la conducta seguida por el señor gobernador civil de esta provincia, don Genaro Pérez Mosa, para dar solución al actual conflicto.

Nos concretamos a despedirnos de nuestros amigos, y decirles, que todos cuantos tuviesen pagada su suscripción por algún tiempo, pueden pasar desde luego a ésta su casa Mártires de Oiranqui, 72, donde se les entregará enseguida las cantidades que devenguen.

Abraza a todos, su siempre amigo y constante defensor de las ideas de libertad, justicia y progreso.

BASILIO LACORT

Pamplona 8 de Diciembre de 1900.

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

OJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 4 pesetas.—Para los suscriptores a *El Motín*, 50 céntimos.

CELEBRE CONFERENCIA

DE

MR. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de *El Motín*, 15.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, lo para los suscriptores de *El Motín*

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo. LOS REYES CON MOTIVOS, por «El Motín». Con láminas. LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Strossmayer. JOANA LA PÁPIA, por Julio Fernández Mateo. LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id. MONTE SECRETO, ó INSTRUCCIONES RESERVADAS DE LOS JESUITAS LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por n presbítero. ¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Liza. CARTAS DE TAYLORAND al obispo de Clermont y al abate Maury. CARTA DE TAYLORAND al Papa Pío VII. POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín». LA BENDICCIÓN Y LA IGLESIA, por Laurent. MÁXIMAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras MÁXIMAS PORNÓGRAFICAS de los Jesuitas, ídem, ídem. CARTA A EUGENIA, por Frère. O CATECISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent. LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. DÍJASIS A UNA JUNTA DE DOCTORES, por los cuales fué quemado en vilipendio en 1891. CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CANTÓN, por don Nicéas Diz Pérez. LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus»). LA EXCLAVITUD Y LA IGLESIA, por Id. LOS MEJORES SONETOS PIADEBOS, por «El Motín». OBRAS Y AMAS, por Idem. GRACIAS DE CURAS, por Idem.

Si dejase de ir *El Motín* a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MARQUÉ—IMPRESA. ENCARNACIÓN, 4.